

REVISTA  
DE  
CIENCIAS ECONÓMICAS

---

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL

Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

---

DIRECTOR:

ROBERTO A. GUIDI

---

AÑO II

NÚM. 13

JULIO DE 1914



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
4835 - CALLE CHARCAS - 1835  
BUENOS AIRES

## EL TRABAJO INTEGRAL

---

EL TRABAJO EN LA NATURALEZA.—ANIMALES CONSTRUCTORES.—LAS ABEJAS.—EL TRABAJO EN LA SOCIEDAD HUMANA COMO FACTOR DE PROGRESO.—EXPOSICIÓN DE LA TEORÍA DEL TRABAJO INTEGRAL POR KROPOTKINE.—SU VENTAJA EN LAS SOCIEDADES DE ORGANIZACIÓN RECIENTE.—DESARROLLO DE LAS APTITUDES.—LA VIDA EN LA CAMPAÑA. EL HOGAR PRIMITIVO.—NECESIDAD DE DARSE MAYORES COMODIDADES.—EL AUMENTO DE LA POBLACIÓN Y LA NECESIDAD DE LA DIVISIÓN DEL TRABAJO.—LA ENSEÑANZA MODERNA TIENDE A LA FORMACIÓN DE INDIVIDUOS APTOS.—EL TRABAJO COMO FUNDAMENTO DE LA REFORMA SOCIAL.—CONCLUSIONES.

El trabajo es la primera condición que impone la lucha por la existencia. Todo en la naturaleza trabaja. Desde los átomos, que incesantemente se agitan obedeciendo a las leyes de la física en su afán de concentración, hasta los seres de una organización superior, que se debaten sin término en una lucha secular. En el mundo biológico es el trabajo una condición indispensable, y los seres incapacitados para ejercerlo con éxito perecerían irremisiblemente si agentes diversos no concurriesen en su ayuda.

Hay animales, como los castores, que nos ofrecen un hermoso ejemplo de lo que puede el trabajo en la lucha por la vida. Estos animalitos, por un instinto de conservación bien desarrollado, a causa sin duda de las persecuciones tenaces de que son objeto, han llegado al establecimiento de una verdadera sociedad, pues el instinto gregario está muy bien definido y hacen construcciones admirables para defenderse de los ataques de los enemigos, llegando hasta perseguir a los que no trabajan por holgazanería. Sólo el trabajo bien organizado puede salvarlos de las asechanzas de

sus perseguidores, y así viven y se desarrollan con amplitud en los parajes que eligen para fundar sus pueblos, venciendo dificultades múltiples para cortar las estacas, clavarias en el agua y hacer los diques de refugio con sus correspondientes compuertas, sus almacenes y aposentos. Muchos otros animales demuestran igualmente su instinto gregario haciendo verdaderas construcciones. La vizcacha de nuestra pampa es un ejemplo. Viven en los parajes más altos y en donde hay abundancia de vegetales que constituyen su alimento y cerca generalmente de las aguadas. Allí hacen sus palacios subterráneos, que amplían constantemente, con todas las dependencias necesarias, grandes depósitos, comunicaciones y avenidas. Es todo un pueblo donde los individuos, en el afán de la lucha por la existencia, trabajan sin cesar para precaverse y defenderse de los ataques de sus enemigos.

Hay pájaros que también merecen citarse por la habilidad con que construyen sus nidos, como el hornero, por mencionar un ejemplo propio. La herencia ha fijado la aptitud para la construcción del hogar, y éste es fabricado con verdadero arte. Con muy pocas herramientas se basta: el pico y las patas. Con muy pocos elementos trabaja: un poco de barro, que amasa perfectamente, dando luego al edificio una solidez y consistencia admirables.

Entre los insectos, las abejas ofrecen un ejemplo muy curioso de lo que puede el trabajo. El profesor Bounier acaba de hacer conocer el resultado de sus experimentos respecto de las abejas. Para poder seguir cómodamente las evoluciones de los insectos sometidos a su observación los señalaba de distinta manera con polvo de taico coloreado. El polvo podía colocarse indistintamente sobre el dorso velludo de los insectos como en la cabeza o en el vientre; de modo que se identificaban perfectamente. El profesor Bounier ha observado que cuando una abeja busca descubrir algunas plantas melíferas, se marchaba inmediatamente regresando luego al frente de numerosas compañeras. En seguida establecía una especie de vaivén entre las plantas y las colmenas. También pudo observar, variando el número de las plantas melíferas, que la cantidad de abejas que se entregan a esa tarea está siempre en la proporción de su importancia, de donde se deduce que si esos insectos no

saben contar, poseen en cambio un sentido de cálculo muy desarrollado. El profesor Beunier comprobó también que la carga que llevan las abejas varía con razón a la distancia a que se encuentran de la colmena. En los lugares montañosos es mayor la de los insectos que efectúan su botín en las alturas que la de los que lo hacen en un plano inferior a aquel en que está la colmena. El trabajo, pues, está calculado según el esfuerzo que deberá desarrollarse. Otra observación no menos curiosa es la siguiente: La abeja que se ocupa en un trabajo para el cual muestra condiciones especiales no practica nunca ningún otro. Las que buscan el agua no se molestan en libar la miel, como tampoco, por otra parte, las que tienen encargo de recoger el néctar en las corolas no irán en ningún caso a buscar aquel líquido necesario, como se sabe, para la cría de las larvas. Hay, pues, establecida entre las abejas una especie de *entente general*, en cuanto a la distribución del trabajo» (1).

Nuestro clásico camuati es otro brillante ejemplo de la buena organización del trabajo entre los insectos.

Por donde quiera que se extienda la mirada se ve el fruto del trabajo como algo indispensable para la conservación de la vida, y puede decirse que es el medio común de afrontar el problema complejo de la lucha por la existencia.

En la sociedad humana el trabajo es el factor imprescindible del progreso. «Se ha dicho con razón — dice Leroy-Beaulieu — que, si el trabajo no fuera para el hombre en cierto sentido penoso, todos los fenómenos económicos serían diferentes de lo que son. El hombre es avaro de su pena: trata de ahorrar su trabajo; de ahí todos los progresos de la industria, no solamente en la invención de las máquinas, sino en la combinación de las tareas» (2).

Es natural que el hombre trabaje con un fin. Tiene necesidades fisiológicas que llenar y ellas le obligan a la ejercitación de sus músculos para conseguir lo necesario para su sostenimiento, desarrollándose las aptitudes que más sobresalen en él. Hay elementos vitales, como el aire, que no tenemos más que abrir la boca para disfrutarlos. Pero hay

---

(1) *La Nación*.

(2) Leroy-Beaulieu, *Economía Política*

otros que no se consiguen sino con el esfuerzo del músculo y la dirección disciplinaria de la mente. Un campo puede producir una cosecha si en él se vierte la simiente desparrajándola sin previa labor. Pero no germinarán todos los granos. Muchos serán devorados por las aves granívoras y otros no podrán germinar por la falta de humedad y por la acción demasiado directa del aire y del calor. Es necesario el cultivo para la obtención de una cosecha abundante. Lo mismo ocurre en todas las manifestaciones de la actividad humana, porque el trabajo sigue perfeccionando las industrias, haciendo más fácil la tarea y mayor la producción en beneficio del hombre. De aquí, como dice Jevons, que el propósito primero del trabajo es hacerlo lo más productivo posible, esto es, adquiriendo la mayor riqueza con una suma razonable de esfuerzos, o en otros términos, obtener el mayor beneficio con el menor desgaste de energía. Desde luego, la invención de las máquinas tiende a la disminución del esfuerzo personal y al aumento de la producción, siendo el trabajo especializado, como ya lo hemos dicho, el fruto del mayor progreso.

Pero surge aquí una cuestión que consideramos de importancia. ¿Es la división del trabajo y su especialización lo que más conviene al progreso universal? ¿No conspira la especialización contra la tendencia de bastarse a sí mismo, que hace prodigios, tanto en los individuos como en los pueblos? ¿No debe propenderse hacia el *trabajo integral*, como se tiende hacia la educación integral del individuo?

Primeramente será preciso expresar lo que se entiende por *trabajo integral*. En nuestro concepto, y tal cual lo tomamos para el fin que nos proponemos, el trabajo integral significa la aptitud múltiple del individuo para todo trabajo, ya sea intelectual o manual. Forma del individuo un ser lo más completo posible, capaz de bastarse a sí mismo, en todas las manifestaciones de la vida, ya como agricultor, haciendo producir a la tierra, ya en las artes, en las industrias y en las ciencias. La integración del trabajo implica la aptitud desarrollada en un radio de acción bien amplio y que el individuo sea suficientemente capaz de acometer cualquiera empresa con las mayores probabilidades de ejecutarla venciendo los obstáculos y llegando al fin.

Los enemigos de la división del trabajo han manifestado que ésta tiende a minorar y restringir el desarrollo de las facultades del individuo, haciendo de un operario un simple resorte de una máquina, y que, sacándolo de ahí, sería un inepto para la lucha por la existencia, porque no ha tenido materialmente tiempo para efectuar el aprendizaje de otro trabajo. Sin embargo, en esto se exagera demasiado y nunca la división del trabajo llega al exclusivismo de dejar al individuo inutilizado para otra cosa ajena a su especialización.

Kropotkine, decidido partidario de la integración del trabajo, expresa sus ideas al respecto de la siguiente manera :

«La destreza del artesano se ve despreciada, como el resto de un pasado condenado a desaparecer. El artista, que antiguamente hallaba un placer estético en sus obras, ha sido substituído por el esclavo humano unido a otro de hierro. Hasta el trabajador del campo, que antes acostumbraba a encontrar un consuelo a las penalidades de su vida en la casa de sus antepasados, en su amor al terruño y su íntima relación con la naturaleza, ha sido condenado a desaparecer, para bien de la división del trabajo. Es un anacronismo, se nos dice : debe ser substituído, en el cultivo en grande, por un sirviente accidental tomado para el verano y despedido al venir el otoño ; un desconocido, que no volverá más a ver el campo que regó una vez en su vida. «El reformar la agricultura, de acuerdo con los verdaderos principios de la división del trabajo y la organización industrial moderna — dicen los economistas — es cuestión de pocos años».

«Deslumbrados por los resultados que ha obtenido nuestro siglo de maravillosas invenciones, especialmente en Inglaterra, los economistas y hombres políticos han ido todavía más lejos en su sueño de división del trabajo. Proclamaron la necesidad de dividir a la humanidad entera en talleres nacionales, teniendo cada uno de ellos su especialidad particular. Se nos decía, por ejemplo, que Hungría y Rusia son naciones predestinadas por la naturaleza para dar trigo, a fin de alimentar a los países manufactureros ; que Inglaterra tiene que proveer a todos los mercados de algodones, tejidos, ferretería y carbón ; Bélgica de géneros de lana, etc.

Hasta suponían que, dentro de cada nación, cada región ha de tener su especialidad. Así ha sucedido, durante algún tiempo, y así debe continuar. De este modo se han hecho fortunas y se seguirán creando otras nuevas.

«Habiéndose proclamado que la riqueza de las naciones ha de medirse por la cantidad de beneficios obtenidos, y que las mayores utilidades se realizan por medio de la especialización del trabajo, resultaba lógico especializar a las naciones como se hace con los obreros.

«La estrecha concepción de la vida, que consiste en pensar que el *negocio* ha de ser el único y principal estímulo de la sociedad humana, y la obstinada idea que supone que lo que existió ayer ha de existir siempre, se hallan en desacuerdo con las tendencias de la vida humana, la cual ha tomado otra dirección. Nadie negará el alto grado de producción a que puede llegarse por medio de la especialización. Pero, precisamente a medida que el trabajo que se exige al individuo en la producción moderna se hace más simple y fácil de aprender y, por consecuencia, más monótono y cansador, la necesidad que siente el individuo de variar de trabajo, de ejercitar todas sus facultades se hace más imperiosa. La humanidad comprende que ninguna ventaja aporta a la comunidad el condenar a un ser humano a estar siempre en el mismo lugar, en el taller o la mina, y que nada gana privándole de un trabajo que lo pusiera en libre contacto con la naturaleza, haciendo de él una parte consiente de un gran todo, un partícipe de los más elevados placeres de la ciencia y el arte, del trabajo libre y de la concepción.

«También las naciones se niegan a ser especializadas. Cada una es un compuesto agregado de gustos e inclinaciones, de necesidades y recursos, de aptitudes y dificultades. El territorio ocupado por cada nación es igualmente un tejido muy variado de territorios y climas, de montes y valles, de declives, que conducen a variedades aún mayores de territorios y de razas. La variedad es el carácter distintivo, tanto del territorio como de sus habitantes, y es lógico también una variedad en las ocupaciones.

«La agricultura llama a la vida a la manufactura y ésta sostiene a aquélla; ambas son inseparables, y esa mutua

combinación produce los más grandes resultados. A medida que el conocimiento técnico se hace del dominio general, a medida que se convierte en internacioal y no es posible tenerlo oculto por más tiempo, cada nación adquiere los medios de aplicar toda la variedad de sus energías a la variedad de empresas industriaies y agrícolas.

«El entendimiento no distingue los artificiales límites políticos ; lo mismo le ocurría a la industria, y la tendencia actual de la humanidad es tener reunidas en cada país y en cada región la mayor variedad posible de industrias colocadas al mismo nivel que la agricultura. Las necesidades de las aglomeraciones humanas corresponden a las mismas del individuo y, mientras que una división *temporal* de funciones sigue siendo la más segura garantía de éxito en cada empresa particular, la división *permanente* está condenada a desaparecer, siendo sustituida por una variedad de ocupaciones intelectuales, industriales y agrícolas correspondientes a las diferentes aptitudes del individuo, así como a la variedad de los mismos, dentro de cada congregación de seres humanos.

«Cuando nosotros, separándonos de la escolástica de nuestros libros de textos, examinamos la vida humana en su conjunto presente, descubrimos que, mientras que todos los beneficios de una división temporal del trabajo deben conservarse, es ya hora de reclamar los que corresponden a la *integración del mismo*.

«La economía política ha insistido hasta ahora principalmente en la división. Nosotros proclamamos la integración y sostenemos que el ideal de la sociedad, el estado hacia el cual marcha ésta, es una sociedad de trabajo integral, una sociedad en la cual cada individuo sea producto de trabajo manual e intelectual, en la que todo sér humano, que no esté impedido, sea un trabajador, y en la que todos trabajen, lo mismo en el campo que en el taller industrial ; donde cada reunión de individuos, bastante numerosa para disponer de cierta variedad de recursos naturales, ya nación o región, produzca y consuma la mayor parte de sus productos agrícolas e industriales.

«Pero inútil es decir que mientras la sociedad permanezca organizada de un modo que permita a los dueños de la

tierra y del capital apropiarse para sí, bajo la protección del Estado y de derechos históricos, el sobrante anual de la producción humana, no será posible que se efectúe por completo semejante cambio. Pero el presente sistema industrial, basado sobre especialización permanente de funciones, lleva ya en sí mismo los gérmenes de su propia ruína.

«Las crisis industriales, cada día más agudas y extensas, agravándose y empeorándose más aún por los armamentos y las guerras que trae el sistema actual, son causa de que su sostenimiento se haga cada vez más difícil.

«Ya los trabajadores manifiestan claramente su intención de no soportar por más tiempo con paciencia las miserias que cada crisis origina, y cada una de éstas acelera el momento en el cual las presentes instituciones de propiedad individual y producción sean por completo derribadas por medio de hechos internos, cuya violencia e intensidad dependerá del mayor o menor grado de buen sentido de las actuales clases privilegiadas.

«Pero nosotros sostenemos también que cualquier intento socialista, encaminado a restaurar las actuales relaciones entre el capital y el trabajo, fracasará por completo si no se tienen presentes las tendencias antes mencionadas hacia la integración. Estas tendencias no han recibido aún, en nuestra opinión, la atención debida de parte de las diferentes escuelas socialistas, cosa que forzosamente tendrá que suceder.

«Una sociedad reorganizada tendrá que abandonar el error de especializar las naciones, ya sea para la producción industrial o agrícola, debiendo cada uno contar consigo mismo para la producción del alimento y de mucha parte, o casi toda, de las primeras materias, teniendo al mismo tiempo que buscar los mejores medios de combinar la agricultura con la manufactura, el trabajo del campo con una industria descentralizada, y viéndose obligada a proporcionar a todos una *educación integral*, la cual por sí sola, enseñando ciencia y oficio desde la niñez, dote a la sociedad de las mujeres y los hombres que verdaderamente necesita. Cada nación debe ser su propio agricultor y manufacturero; cada individuo debe trabajar en el campo y en algún arte industrial; cada uno debe combinar el conocimiento

científico con el práctico. Esta es la presente tendencia de las naciones civilizadas.

«En los antiguos tiempos, los hombres de ciencia, y en particular aquellos que más han hecho en favor del crecimiento de la filosofía natural, no despreciaron el trabajo manual: Galileo se hizo con sus propias manos sus telescopios; Newton aprendió en su juventud el arte de manejar las herramientas, ejercitando su infantil imaginación en la construcción de aparatos muy ingeniosos, y cuando empezó sus investigaciones en óptica estaba en condiciones de poder pulimentar los lentes de sus instrumentos y hacer por sí mismo el gran telescopio, que dada aquella época, era una obra de mérito; Leibnitz era muy aficionado a inventar mecanismos: los molinos de viento y los carruajes que pudieran moverse sin caballos preocupaban su imaginación tanto como las especulaciones matemáticas y filosóficas; Linneo se hizo botánico, al mismo tiempo que ayudaba diariamente a su padre, que era jardinero, y, en suma, para nuestros genios, las artes mecánicas no han sido un obstáculo para las investigaciones abstractas, pudiendo decirse que más bien las han favorecido. Por otra parte, si los trabajadores de otros tiempos hallaron pocas oportunidades para dominar la ciencia, muchos, al menos, tuvieron estimuladas sus inteligencias por la misma variedad de trabajos que se realizaban en aquellos talleres donde aun no había penetrado la especialización, teniendo muchos de ellos la ventaja de hallarse familiarmente relacionados con hombres de ciencia. Watt y Rennie eran amigos del profesor Robinson; Brindley, el peón caminero, a pesar de su jornal de 1.50 francos, tenía relaciones con personas cultas, lo que le permitió desarrollar sus notables facultades de ingeniería; otros pasaron su juventud en tiendas y talleres, para convertirse más tarde en un Smeaton o un Stéphenson» (1).

Nos hemos manifestado partidarios del desarrollo múltiple de las aptitudes del individuo, quien ha de utilizarlas después en su propio beneficio; pero, dada la complejidad de la vida moderna y las dificultades cada vez más crecien-

---

(1) Kropotkine, *Campos, fábricas y talleres*.

tes con que se tropieza para vencer en la lucha cotidiana por la existencia, creemos que las mejores aptitudes especializadas para el trabajo tienen al fin que imponerse, porque el progreso mismo, con su infinita variedad de manifestaciones, hace imposible que un hombre solo pueda abarcarlas y que, a la vez de ser un hábil artífice, sea también un hombre de ciencia y un distinguido agrónomo, pues tan sólo por excepción podría ser todo a la vez. La extensión de los estudios en la presente civilización no los hace accesibles a los que quieran dedicarse a todos ellos en conjunto: la vida entera de un hombre no alcanza para revisar con alguna detención la bibliografía de una ciencia cualquiera, y sólo se aprenderían algunas teorías sobre determinados tópicos quizá sin ninguna aplicación práctica y, por consiguiente, sin orientación alguna. Esto, por otra parte, no significa que proclamemos que el hombre no debe saber hacer más que una sola cosa y que, sacado de su especialidad, tenga que quedarse de brazos cruzados, esperando a la buena ventura que concurra a su subsistencia, ni que nos manifestemos contrarios a que las investigaciones científicas se alternen con los trabajos manuales; de ninguna manera: la actual educación tiende precisamente hacia el mayor desarrollo y cultura de las aptitudes, y tanto más éxito alcanzará el individuo en la sociedad cuanto más apto sea.

Pero ya hemos manifestado en otra ocasión, y a propósito de este mismo tema, que consideramos más o menos precisa la integración del trabajo según el menor o mayor estado de progreso de cada colectividad. Entre nosotros, el trabajo integral sería un verdadero desideratum porque puede decirse que nuestra masa social está en formación, y mucho más teniendo en cuenta la diversidad de factores etnológicos que concurren a formarla y que, exceptuando los centros urbanos, donde se goza de mayores comodidades, merced a la división del trabajo, en los demás puntos, y muy especialmente en la campaña, la vida de los habitantes es demasiado primitiva aún.

En efecto, basta realizar una gira por la campaña para ver la falta absoluta de comodidades de aquellas humildes gentes, pues a veces parecen miserables habitan-

tes de un país yermo, donde la naturaleza les obliga a mil privaciones. Y no es así, sin embargo. Hay campesinos que carecen de muchas cosas simplemente por falta de aptitudes para proporcionárselas. No han heredado el hábito del trabajo, viven más o menos alimentados, sin grandes esfuerzos, y se sienten satisfechos; no tienen aspiraciones, porque ignoran las ventajas de las comodidades que brinda el progreso; son rutinarios, misonieistas y torpes; a veces critican y se ríen de la compostura del hombre culto y no comprenden cómo se pueda vivir tan restringidos de esa libertad salvaje que ellos disfrutaban.

Pasan sus días en la molicie, tomando mate tras mate, divizando el campo o tendidos boca arriba sobre el recado con que enjaezan al manso compañero de sus tradiciones, y no oyen la voz del progreso que impele al hombre moderno y que le dice sin cesar: ¡anda! ¡anda!... El sedentarismo se hace un hábito. No saben construir ni un banco, ni arreglar un herramienta, ni sembrar una legumbre. Su alimentación es deficiente e inadecuada (1). La carne ha sido hasta hoy fácil de conseguir y les basta un trozo que sancochan o que soasan de una manera detestable. Rara vez se adaptan a la alimentación vegetal, y no saben preparar los alimentos por regla general. Son refractarios a las costumbres de la vida civilizada y viven miserablemente, por pura pureza para conseguir un mejoramiento. De estos hogares hay muchos por desgracia en nuestro país, y no hay un medio verdaderamente eficaz para modificarlos y combatir este pauperismo de cuerpo y de espíritu. La falta de aptitudes y de ideales es manifiesta y está patentizada a cada paso. No hay, por otra parte, estímulos ni mayores necesidades que exciten la actividad. La rutina impera con toda su fuerza y las escuelas no ejercen la acción decisiva que sería de desear. Es natural que, ya en la

---

(1) Un día se tomó para el servicio en mi casa a una muchacha traída del campo. No sabía hacer nada y procedía con tal torpeza que todo lo que intentaba le salía mal. Pasaron unos días y enflaquecía, no quería comer. Interrogada al respecto ocultaba la causa. Al fin, apremiada por las preguntas, dijo, entre un mar de lágrimas, que la comida no le gustaba porque le echaban tantas cosas. Se refería a las legumbres, a las cuales no estaba acostumbrada. Hubo de retirarse por sólo este motivo. El caso no es único y cualquiera puede comprobarlo.

clase pudiente, la vida es más confortable, se tienen los medios para adquirir todo lo necesario y se adquiere, aunque a veces el exotismo entra como una plaga, introduciendo las innovaciones menos adecuadas. Y no se crea que toda esta población de la campaña, pobre y rutinaria, es solamente nacional: hay extranjeros que viven peor que nuestros indios, y no exageramos.

En los centros de población la vida en la clase media no es mucho más venturosa. Hay la tendencia a la molicie y nadie hace nada para la casa. Los padres se preocupan de dar un barniz de educación a sus hijos, creyendo que con eso basta. Los envían a la escuela y ésta les devuelve con frecuencia *señoritos* inútiles, incapaces para proseguir la obra de sus progenitores en el trabajo fecundo que independiza y que da conciencia del propio mérito. Buscan ubicación en las oficinas públicas y allí vegetan indefinidamente. Nuestra sociedad há menester, entonces, de otra orientación. La educación debe tender desde luego a la formación del elemento apto para el progreso, capaz de bastarse a sí mismo. Estamos en una época de verdadera transición. La lucha por la existencia se complica y cada día se encarece más la vida. El aumento de población no hará más factible la lucha para los individuos sin aptitudes. Por el contrario, cada vez se hace más necesaria la mayor idoneidad para las múltiples empresas que constituyen el afán continuo de la actividad humana. Lo que ayer era fácil de obtener hoy no lo es; los individuos incapaces, y sin una profesión u oficio, tienen muy estrecho campo de acción y son desalojados por los más aptos. El aumento de las maquinarias para las faenas rurales y las industrias que día a día se implantan hace necesario cierto grado de cultura en el obrero. Hasta en los trabajos más fáciles el obrero netamente criollo se encuentra coartado. Es generalmente débil y no resiste el paralelo con el obrero inmigrante, que viene a hacer el sacrificio de ejercitar sus músculos para hacer fortuna: trabaja con la mirada fija en el porvenir y desaloja al trabajador nacional, convirtiéndolo en un extraño en su propia tierra. El problema se hace cada vez más difícil; las empresas diversas, que explotan las fuerzas vitales y productoras de nuestra riqueza, buscan hombres fuertes, habituados al trabajo, sumisos a la dis-

ciplina, constantes en la labor y perseverantes en sus ideales. Los que no reúnen estas condiciones no sirven y su desalojo es inminente. Tiene, pues, la educación moderna que buscar los medios para salvarlos del naufragio. Y son precisamente la educación integral, primero, y la integración del trabajo, después, los medios por los cuales se llegará a la conquista del bienestar, hasta que, en un período de mayor cultura, o cuando las mismas aptitudes individuales lo exijan, pueda cada cual ser un factor de la colectividad con una especialidad determinada para la lucha por la vida.

La gran cuestión, entonces, estriba en la formación de hábitos nuevos. Tenemos necesidad de combatir con energía nuestra idiosincrasia y buscar en el trabajo productivo nuestra propia regeneración. Ahí es donde deben dirigir sus miradas los hombres que ejercen funciones directrices, porque hasta el presente se ha hecho bien poco en el sentido de formar un pueblo trabajador, apto, con espíritu de empresa, morigerado y fuerte. Nuestra educación actual tiene la desgraciada influencia de formar elementos refractarios al trabajo; no solamente debe la escuela *desasnar*, sino que también debe formar aptitudes, y es por eso que preconizamos la enseñanza integral como un medio adecuado de formar individuos que puedan bastarse a sí mismos; queremos esa enseñanza «que tiende al desenvolvimiento paralelo y armónico de todo el ser, que tiene sus manifestaciones como educación física, intelectual y moral, que en la educación física es preciso atender al régimen general higiénico, que tiene por fin el desenvolvimiento normal y ese hermoso equilibrio orgánico y funcional que llamamos *salud*, y la educación especial de los órganos de relación considerarlos como instrumentos de percepción y de acción, como herramienta, si vale la palabra; que la educación intelectual responda a análogo principio: desenvolvimiento simultáneo, equilibrio de todas las facultades sin resolución: facultades de asimilación y de producción, de orden científico y de orden artístico; espíritu de observación, juicio, memoria, imaginación, sentimiento de lo bello; que la instrucción integral, recíprocamente fin y medio de la educación, se define como un conjunto completo encadenado, sintético, paralelamente

progresivo, en todo orden de conocimientos, y esto a partir de la más temprana edad, pues en todas las grandes ramas del saber humano, que después van ramificándose al infinito, hay, en el origen, en la base, verdades sencillas, primordiales, fundamentales, fácilmente observables e inteligibles hasta para los niños pequeños; que la educación moral, de importancia suprema, es, sobre todo, obra de influencia, es la consecuencia de un orden normal en un medio normal» (1). Esta será la obra de la escuela del porvenir para encaminar a los pueblos por la vía de su engrandecimiento positivo.

La tendencia hacia la molición, que se nota en la generalidad, es indudablemente hereditaria, motivo por el cual se hace más indispensable combatirla por todos los medios posibles, hasta formar hábitos de trabajo en la masa común; hábitos que, pasando de una generación a otra, se irán haciendo cada vez más estables y de una manera natural e inconsciente, y eso le corresponde a la escuela. «El principio psicológico fundamental de toda enseñanza—dice Le Bon (2)— puede resumirse en una fórmula que he repetido muchas veces en mis libros: «Toda educación consiste en el arte de hacer pasar lo consciente a lo inconsciente. Cuando este paso se efectúa, el educador, por este sólo hecho, ha creado en el educando reflejos nuevos cuya acción es siempre duradera». Es natural que debe irse paulatinamente, poco a poco, demostrando con hechos elocuentes los beneficios de una educación que tiende a la formación de las mejores aptitudes para el trabajo, y para esta obra, en que debe interesarse toda la nación entera, debe, desde luego, formarse al maestro, al verdadero educador moderno, como el factor más eficaz para llegar a un resultado satisfactorio. Basta ya de generaciones insuficientes hasta para sí mismas; basta de esos anfitriones que viven sólo para usufructuar el trabajo ajeno, y vengan de una vez los heraldos del trabajo, los hombres verdaderamente útiles para la vida moderna. «El trabajo del pan es un deber sagrado para todos los hombres — ha dicho el patriarca Yasnaïa

---

(1) Posada, *Política y enseñanza*.

(2) Le Bon, *Psicología de la educación*.

Poliana — y no debemos presentar excusa alguna para evitarlo. Cuando más instruido es el hombre, mejor debe dar el ejemplo de ese trabajo ; no pretextar ningún impedimento ni huírle jamás» (1).

Cuánta riqueza dormida existe todavía en nuestro país que espera la voz de un Lázaro del progreso que venga a despertarla y ponerla en movimiento, produciendo bienestar y satisfacción, aunque haya que estar en incesante labor, en continuas iniciativas y constante actividad, para formar ese tipo del trabajador que define Dorado de esta manera : «El trabajador genuino es innovador, inquieto, audaz ; gasta en ensayos y tentativas todos sus caudales de toda espesar suyo, como por imperio de naturaleza, a lo que para el presente y para el presente. Renuncia sin mérito, aún a pesar suyo, como por imperio de naturaleza, a lo que para otras gentes constituiría la comodidad y el encanto de la vida ; olvidándose de sí mismo, se rinde completamente en aras de su ideal y de sus aspiraciones, puestas en un mundo futuro, cuyo advenimiento quizá hasta aterra a los rutinarios, que se hallan muy a su gusto con el orden presente (2).

Formando individuos capaces de bastarse a sí mismos se llegará al verdadero desideratum, y para ello la integración del trabajo será un medio adecuado. La colectividad que cuenta en su seno con mayor número de individuos aptos obtendrá también los mayores beneficios, y, como una consecuencia lógica de su mayor prosperidad y del desarrollo más vasto del progreso, vendrá paulatinamente la especialización formando la mayor aptitud de la sociedad individualizada, sin dejar por eso cada individuo de ser suficiente para sí mismo y de llenar cumplidamente su función en el organismo social.

De esa manera las naciones serán en la humanidad simples órganos con sus funciones determinadas, pero con todos los elementos indispensables para su vida independiente, ya que no será posible ligarlas en absoluto armonizando su funcionamiento como los engranajes de una máquina, pe-

---

(1) Tolstoi, *El trabajo*.

(2) Dorado, *Sobre el espíritu de rebeldía y el de conservación*.— Arch. de Psiq. y Crim. Año V.

ro tampoco será posible desvincularlas en la más avanzada civilización de un modo también absoluto, sin que los trastornos de unas no ejerzan influencia perniciosa sobre la vida normal de las otras.

Tomamos como factor indispensable para llegar a la mayor perfectibilidad social al *hombre*; modificándolo individualmente se tendrá la modificación colectiva, y es por eso que hay que combatir las malas tendencias y, sobre todo, esa inclinación a la holgazanería que tan fácil se arraiga en los individuos y en los pueblos. «La inmensa mayoría de los hombres — ha dicho Eliseo Reclus — se compone de sujetos que quieren vivir sin esfuerzo, como viven las plantas, y que no hacen nada para rehacerse en bien o en mal contra el ambiente en el que están sumergidos, como una gota de agua en el océano» (1). Esa vida de hongo, parasitaria y confiada al acaso, para seguir adelante sin lucha, está en desacuerdo con las leyes mismas de la naturaleza y menester es transformarla, convirtiéndola en movimiento y actividad, empleando útilmente sus fuerzas, que se pierden estérilmente. La vida moderna en los pueblos adelantados es una continua enseñanza práctica de la necesidad imperiosa de emplear todas las energías para el bienestar del hombre. La expresión terminante de la ley de Malthus, proclamando que *el pobre está demás* debe hacer meditar hondamente a todos, para que cada cual busque su puesto de labor en la lucha cotidiana de la vida. Basta ya de formar elemento parasitario, insuficiente e inepto: es la hora de la acción y de la labor. Las dianas del trabajo hienden el ambiente como un himno de redención, incitando al músculo para que se despliegue y produzca. La inteligencia humana se perfecciona; las máquinas se multiplican para ahorrar esfuerzos personales, aumentando la producción en el *mínimum* posible de tiempo, y la riqueza misma tiende a su repartición proporcional según las aptitudes y los esfuerzos de cada uno. El *sursun corda* del progreso invita a emplear las energías, y sólo los espíritus pusilánimes se quedarán reposando en el lecho de la miseria y de la pobreza, para ser eternos pordioseros en una sociedad nueva, vigorizada por la acción fecunda dei trabajo.

---

(1) Reclus, *Evolución y revolución*.

## CONCLUSIONES :

I.—El trabajo es una consecuencia inmediata de la lucha por la vida y constituye en la naturaleza un medio de subsistir a pesar de las continuas resistencias que a cada paso se oponen.

II.—En el mundo sociológico es el trabajo la fuente del bienestar individual y colectivo; independiza y da a cada uno la conciencia de su personalidad y de su aptitud para la lucha por la vida.

III.—La educación integral forma las aptitudes para que el individuo se baste a sí mismo, y la integración del trabajo es el resultado práctico del ejercicio de las aptitudes, aplicado en la vida ordinaria.

IV.—El trabajo integral conviene más a las sociedades de reciente organización; pues, cuanto más desarrollado esté el progreso, más se perfila la tendencia a la especialización.

V.—Las naciones deben bastarse a sí mismas; pero, en un orden más avanzado de la civilización, formarán parte como componentes indivisibles del *todo-humanidad* y armonizarán para la conquista del mayor bienestar y felicidad, como una finalidad de interés común.

VI.—Formar las aptitudes para el trabajo es la obra de más transcendencia de la civilización actual, porque el progreso hace más difícil la lucha por la vida cuanto más avanza, pero el espíritu humano se encamina a la mayor productibilidad con el menor desgaste de energía.

VII. — La escuela moderna prepara al individuo para que pueda afrontar con ventajas la lucha por la existencia, y tanto más cumplirá debidamente su misión cuanto mayor sea el número de individuos que deje en condiciones de bastarse a sí mismos.

RAMÓN MELGAR.